

## «POR SUS LLAGAS FUIMOS CURADOS»

### Vía crucis de verdad para almas que quieren en serio ser cristianas y están sedientas de Dios

«Cerca está el Señor de los que lo invocan,  
de los que lo invocan de verdad»  
(Sal 145,18)

«Dios es espíritu; y los que lo adoran  
deben adorarlo en espíritu y en verdad»  
(Jn 4,24)

#### **\* Prenotando 1: explicación de los criterios anunciados en el título**

Estas páginas procuran proporcionar materia para la práctica fructuosa de la piadosa devoción del vía crucis. El texto dedicado a algunas de las estaciones, para lo que es habitual en un vía crucis, puede resultar un poco largo. El motivo es que las reflexiones que aquí se proponen están planeadas al modo de contemplaciones en el sentido ignaciano del término o, en todo caso, de elementos para favorecer aquello que santa Teresa llamaba «oración de recogimiento». De aquí se sigue que, en el orden de la práctica, no hace falta recorrer esta presentación de las estaciones de una sola vez, sino que se puede hacer por partes, a lo largo de una semana o inclusive a lo largo de catorce días, dedicando un día a la contemplación de cada una. La materia es más que abundante.

Después de «vía crucis» se añade «de verdad». Lo que queremos decir con ello es que trataremos a toda costa de evitar caer en aplicaciones artificiales y en consideraciones ajenas al contexto bíblico y a la marcha efectiva del episodio en cada caso contemplado. Así, a diferencia de lo que, lamentablemente, tantas veces ocurre en nuestros días, evitaremos con todo cuidado someter la contemplación del sacrosanto camino de la cruz a cualquier tipo de deformación ideológica: porque el vía crucis no debe ser *nunca* instrumentalizado para plegar el mensaje del evangelio a las preferencias de oídos mundanos, no debe constituir un manjar ajustado a paladares superficiales, su práctica no debe buscar el consenso y el aplauso del mundo, en una palabra, no debe rebajarse a transmitir «valores» de mera solidaridad horizontal. Por cuanto justas y legítimas sean, en su orden, esas causas, usar el vía crucis para hablar de la lucha por los derechos del pobre, de Jesús como símbolo del sufrimiento humano, del hambre en el mundo y cosas por el estilo, es algo que no se encuentra, bajo ningún respecto, en nuestros planes ni, mucho menos, pertenece a la naturaleza propia de esta santa práctica devocional.

El título indica también de manera explícita quiénes son los destinatarios de las presentes páginas. En efecto, estas consideraciones están dedicadas a almas que toman en serio la vida cristiana y que buscan la unión con Dios. Es decir, se dirigen a aquellas almas que, bajo el impulso inspirador de la gracia y alejándose de toda tibieza y mediocridad, se empeñan seriamente en su itinerario espiritual por amar más a Dios, por vivir cada vez mejor y más profundamente cada una de las dimensiones de sus respectivas vidas bajo el imperativo liberante y reconfortante del primer «mandamiento».

## **\* Prenotando 2: en defensa de las estaciones**

Como es sabido, según la forma tradicional y consolidada que hoy conocemos, el vía crucis comienza a configurarse recién en torno al siglo XV. Sin embargo, la piedad cristiana conservó desde los orígenes un particular cariño al camino recorrido por Jesús hasta la cruz, como consta a partir de los testimonios de Eteria, aquella célebre peregrina española del siglo IV, que, entre muchas otras cosas, da cuentas, maravillada, de esta práctica.

Anclada, ciertamente, en el sentimiento espontáneo y auténtico del pueblo fiel, la devoción del vía crucis tiene sólidos fundamentos evangélicos. En efecto, algunas estaciones están explícitamente indicadas en los sagrados textos: la de Simón de Cirene, la de las santas mujeres, la crucifixión, la muerte en cruz, el descenso de la cruz y la sepultura pertenecen a este grupo explícitamente mencionado. Otras se limitan a proponernos que detengamos la consideración sobre ciertos hechos puntuales que, si bien no están descriptos minuciosamente por los evangelios, se encuentran, no obstante, necesaria e imprescindiblemente incluidos en la dinámica de los hechos que ellos narran, por lo que debe considerarse totalmente fuera de lugar atribuirlos a la imaginación exuberante de la piedad popular. Así, por ejemplo, la condena a muerte o el momento en el que Jesús carga con la cruz, deben considerarse bajo esta perspectiva, netamente evangélica, como así también el momento en el que es despojado de sus vestiduras. Quedan el episodio de la Verónica, las tres caídas bajo el peso de la cruz y el encuentro de Jesús con María. En el primer caso, y prescindiendo voluntariamente de toda referencia a revelaciones privadas o a lienzos milagrosos, nada impide ver como base histórica de este episodio un gesto concreto de alguna de las santas mujeres, ya desprendiéndose del grupo y anticipándose a la amonestación de Jesús a ellas dirigida, ya haciéndolo después, ya en el mismo momento. En lo referente a las tres caídas, ello se puede deducir con facilidad a partir de la escena que incorpora a Simón de Cirene: se le pide colaboración porque Jesús se encuentra en un estado que ya no le permite continuar; la certificación de esta imposibilidad implica que hubo más de una caída o tropiezo, simbólicamente graficadas y resumidas en el número tres<sup>1</sup>. En el último caso, a partir del evangelio no cabe duda alguna de que hay un pequeño intercambio entre Jesús y María al pie de la cruz: ahora bien, no hay que ser una luminaria para darse cuenta de que María no llegó allí a último momento como por arte de magia, sino que acompañó, sin la más mínima duda, todo el itinerario; es, por consiguiente, altamente, altísimamente probable que, por lo menos, haya habido un intercambio de miradas, un contacto visual, tan fugaz como se quiera, pero real y sumamente significativo. Por consiguiente, con el apoyo del encuentro al pie de la cruz y de manera totalmente legítima, la piedad cristiana ha querido dedicar un momento preciso, particular y destacado, a considerar los corazones de Jesús y de María unidos entre sí durante la pasión.

---

<sup>1</sup> Desde ya, nosotros pensamos que el episodio que involucra a Simón de Cirene tiene su lugar más natural poco antes de la llegada al calvario, porque presupone a Jesús ya extenuado; por consiguiente, en el orden del vía crucis la estación correspondiente debería ser ubicada después de la contemplación de las caídas. Sin embargo, en la siguiente presentación de las estaciones evitaremos tomar distancia del uso tradicional ya consolidado, para no alterar el orden al que el pueblo fiel está habituado.

### **\* Prenotando 3: *adecuada actitud espiritual para participar fructuosamente del vía crucis***

Para obtener los frutos esenciales de esta devota práctica convendrá tener en cuenta dos cosas.

En primer lugar, convendrá tener en cuenta la dimensión de los dolores de Jesús. Ellos superan sin comparación alguna todo dolor humano habido y por haber. Lo superan en su dimensión objetiva, porque se trata de todo el peso de todos los pecados de la humanidad (cosa imposible de sobrellevar para cualquier creatura) y porque el afectado por los dolores no es un simple ser humano sino la persona del Hijo de Dios en su naturaleza humana, lo cual da a estos hechos un espesor para nosotros incalculable. Pero no sólo en su dimensión objetiva superan toda comparación, sino también en su dimensión subjetiva, esto es, en cuanto a la capacidad de percepción por parte del sujeto afectado, o sea, en cuanto a la capacidad de vivenciar y percibir lo que le está pasando. Y no nos referimos sólo a la capacidad de entender su significado, sino también, y particularmente, a la capacidad de *sentir*, de verse afectado, por las agresiones físicas y los pesos interiores. En efecto, teniendo un cuerpo inmaculado, una sensibilidad y una conciencia jamás manchadas siquiera por sombra alguna de pecado, la fineza y profundidad humana de Jesús, y por ello su capacidad de sentir dolor, superaba enormemente la de cualquier hombre. Hay una distancia inefable entre lo que puede vivenciar una hormiga y lo que puede vivenciar un poeta, si ponemos a la hormiga y al poeta ante una hoja verde. Así de inefable, si no más, es la distancia entre los sufrimientos de Jesús y los de los demás hombres.

La segunda cosa que convendrá tener en cuenta es que quien participa del vía crucis está también involucrado de manera personal y real en cada escena como destinatario real de cada uno de los dolores del buen Jesús. Esto es así, sin duda alguna, en el plano real-teológico (que es el plano más real de todos) y en este contexto basta con sólo mencionarlo, sin entrar en mayores desarrollos. Estando así las cosas, se sigue que la unión piadosa mediante el acto de *fe teologal* con cada escena del vía crucis no será tan sólo un ejercicio de la imaginación, de la fantasía subjetiva, sino, más allá de la capacidad imaginativa de cada alma, un *contacto efectivo con la realidad contemplada*.

P. Christian Ferraro  
La Castille 02.04.2020

\* \* \*

## 1. El buen Jesús es condenado a muerte

Evitemos aquí los conocidos paralelos retóricos: el injusto condena al justo, el culpable al inocente, el ignorante al sabio, etcétera. Lo que hay que notar es la foto, captar la imagen, congelar el momento: Jesús solo ante el poder; Jesús solo ante el autor instrumental del acto más injusto y criminal de toda la historia, perpetrado por macabros autores intelectuales.

El buen Jesús se encuentra solo y sin defensa alguna ante todo el aparato de justicia del estado y todo el despliegue activo y tortuoso de la hipocresía de la jerarquía religiosa. La condena a muerte significa eso y nada más que eso: todo el peso del poder establecido le cae encima aplastándolo –o, más precisamente, tratando de aplastarlo–. Toda la energía, la rabia y el odio del poder religioso que se descarga sin piedad alguna sobre él, toda la indiferencia, la impersonalidad y el pragmatismo del poder político que trata el caso como un caso más: si fue un error, fue un error; paciencia –y quedará oculto entre tantos otros secretos de estado, sin jamás ser asumido ni reconocido, sino tan sólo cuando ya sea demasiado tarde para reparar realmente y cuando el reconocerlo sólo sirva para afianzar el poder político–.

Más profundamente, aún, la condena a muerte es la expresión concreta y decisiva de una voluntad que lo rechaza activamente y que, para rechazarlo activamente, tiene que anularlo, eliminarlo, destruirlo. No hay posibilidad de pacto alguno, no de consensos, no de acuerdos; ni de un lado, ni del otro. Es la traducción precisa y exacta, en el plano efectivo y real, de aquél «no queremos que reine sobre nosotros». La condena a muerte de Jesús expresa y concretiza, en el plano de la factualidad histórica, lo que pasa cada vez que en el plano existencial se procura dejarlo al margen del proyecto de vida, cada vez que su presencia es estimada como un obstáculo, una dificultad, un estorbo, una piedra en el camino. La condena a muerte de Jesús expresa la voluntariedad activa de eliminarlo de la propia vida, como faro y guía, como luz y maestro: es decir, expresa lo que pasa en cada pecado mortal.

Detrás de todo ello, Satanás, que se vale de sus mecanismos: siempre la lógica del poder, ya de las leyes frías que prefieren sacrificar al justo si es ése el precio de la tranquilidad social, ya de las jerarquías que prefieren silenciar la voz de quien deja evidenciada su falta de compromiso, su abdicación del profetismo, su instalación en la zona de comfort. La lógica de quienes pretenden evadir la responsabilidad personal amparándose en el funcionamiento anónimo de las leyes y la de quienes instrumentalizan las realidades sagradas para imponer sus preferencias, para disciplinar a los que consideran un peligro, para afirmar su propio yo. O sea, la lógica de los que se lavan las manos y la de los que abusan de las cosas santas para justificar sus propios crímenes.

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*  
R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*  
R.: fuimos curados.

*Padrenuestro.*

## 2. Jesús carga con la cruz

Quizás, el momento más emotivo de todo el vía crucis. Quizás.

Es el primer encuentro concreto, el primer contacto, del buen Jesús con la cruz, con ese travesaño de madera que será su secreto interlocutor y confidente de ahora en más a lo largo del camino.

La primera mirada de Jesús a «la cruz». Ese primer momento en el que extiende su brazo, y su otro brazo, y la aferra por primera vez. Las varias tentativas, prueba y error, para tratar – equilibrio difícil y hasta imposible– de cargarse el travesaño sobre los hombros, en la posición más cómoda, ¡si se pudiera hablar de «cómoda»!, o más fácil, ¡si se pudiera hablar de «fácil»!

Hay que detenerse un instante para entrar en el corazón de Jesús y considerar sus sentimientos en ese momento. Se acercaba el desenlace y para eso había venido al mundo... (Jn 18,37). Era el momento de testimoniar su pertenencia total al Padre: «Para que el mundo vea que amo al Padre...» (Jn 14,31). Y era la hora del amor más grande: porque «... no hay amor más grande que dar la vida por los amigos» (Jn 15,13). Momento difícil, difícilísimo. Al mismo tiempo, de profunda unión con el Padre. El ofrecimiento explícito, concreto, concretísimo, del cáliz. ¿Acaso el cáliz que le daba el Padre... no lo iba a beber? (Jn 18,11) ¡Vaya que sí!

Era el momento del ofrecimiento por todos nosotros.  
Por vos. Por mí.

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*  
R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*  
R.: fuimos curados.

*Alma de Cristo, santifícame.  
Cuerpo de Cristo, sálvame.  
Sangre de Cristo, embriágame.  
Agua del costado de Cristo, lávame.  
Pasión de Cristo, confórtame.  
¡Oh, buen Jesús!, óyeme.  
Dentro de tus llagas escóndeme.  
No permitas que me aparte de Ti.  
Del maligno enemigo defiéndeme.  
En la hora de mi muerte llámame  
y mándame ir a Ti  
para que con tus santos te alabe  
por los siglos de los siglos.  
Amén.*

### 3. Jesús cae (1)

Lo que contemplamos en esta estación es el derrumbe de las fuerzas físicas de Jesús. Es por eso que cae, se desploma. Es un hecho real y crudo, no tiene nada que ver con una representación teatral. No fue, pues, diseñado para simbolizar nada, no se trata de la puesta en escena de un libreto digitado para proponer un paralelo imaginario con la caída en el pecado. Jesús viene de haber sufrido un violento arresto, dos golpizas y una malísima noche; tiene el cuerpo destrozado por una flagelación romana y la cabeza le estalla por la coronación de espinas y los cañazos que cayeron sobre ella. Cada paso con la cruz le cuesta horrores; a cada pisada sigue el típico temblor de un cuerpo debilitado que tiene que portar un peso enorme.

Lo que nos hace ver esta primera caída es, pues, que las fuerzas de Jesús están al límite; nos hace ver, además, su reacción humilde y santamente sumisa al ir llevando lentamente, como podía, sin gritos de desesperación ni espantados, el instrumento de su propia ejecución. Cada paso, cada respiración, le está costando horrores, no lo olvidemos.

Pero la caída no termina ahí; es verdad que a la caída por tierra sucede un levantarse, lento, difícil... como pudo. Pero se levantó. Y siguió. Por eso en esta tercera estación resalta también para nuestra consideración la enorme, enoorme, e impresionante energía psíquica y fuerza de voluntad de Jesús. Esa capacidad de esfuerzo mantenido y constante, que no se doblega ante la dificultad, que no se rinde. Es eso lo que se ve. Y por eso esta tercera estación constituye una invitación para el alma cristiana a no doblegarse ante las pruebas, de cualquier tipo; y a sacar fuerzas de donde no hay. Eso sólo se puede hacer si hay un gran amor. Como el de Jesús.

«Para que el mundo sepa que amo al Padre, levántaos...» (Jn 14,31).

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*

R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*

R.: fuimos curados.

*Alma de Cristo.*

#### 4. María

A su rol exclusivo y único en la encarnación y en la historia de la salvación se añadía también –¡y cómo no!– su afecto, su entrañable afecto, maternal. Porque siempre fue su niño. Su niño.

Siempre.

Era el Mesías, sí. Era el Hijo de Dios, sí. Ella conocía como nadie el misterio que lo identificaba. Pero también era, de verdad, su madre; y Él era, de verdad, su hijo. Su pequeño.

Su niño. Su hijito. Su Jeshua.

Ése que ahora estaba siendo, literalmente, destrozado, sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo, nada para protegerlo.

En un mar de dolor, mientras lo iba viendo caer a pedazos, comenzaba a entender con total claridad la profecía del viejo Simeón. Porque una espada le estaba partiendo el alma (*Lc* 2,35).

Pero ella, mujer de palabra, mujer del *serviam*, no se doblegaba, por más que le estallara la cabeza por los insultos y los gritos de la multitud y de los esbirros, por más que sufriera como propio cada golpe que caía sobre su niño.

Cuando pudo cruzar, por un momento, la mirada con su hijito, con su niño, le vino a la mente, en perspectiva, como un rayo, el misterioso oráculo de Isaías que alguna vez había oído: «He aquí mi Siervo...» (*Is* 52,13). De repente todo se iluminó.

Era el momento de ratificar la entrega y de unirse, más que nunca, a su pequeño. Y, por eso, «he aquí la esclava del Señor... he aquí la esclava del Señor» (*Lc* 1,38) repetía interiormente, mientras regaba con sus lágrimas el camino del calvario.

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*

R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*

R.: fuimos curados.

*Avemaría.*

## 5. El Cireneo

«¿Por qué tener que llevar un peso que no es mío? ¿Por qué tener que hacerme cargo del instrumento de suplicio que le corresponde a otro? ¿Por qué tener que compartir su infamia, sin que pueda distinguirse, a lo lejos, quién es el verdadero culpable? ¿Por qué después tener que ser señalado como “aquel que...”? ¿Por qué arriesgarse a generar la sensación de rechazo en los demás, que tratarían de alejarse para no contaminarse, para evitar todo contacto con ése que estuvo al lado del malhechor? ¿Por qué tener que hacerse cargo del otro? ¿Por qué tener que quedar como maldecido y rechazado?

Pero, está bien, Padre, está bien: no lo que Yo quiero, sino lo que quieras Tú».

## 5. El cireneo

Su rostro irradiaba felicidad cada vez que escuchaba a Alejandro y Rufo narrar entusiasmados la proeza y declarar con santo orgullo «es nuestro padre»; su corazón explotaba de gozo cuando en las primeras reuniones de cristianos mostraba, emocionado, sus manos, sus bendecidas manos, marcadas por las astillas del madero y por la sangre de Jesús.

Es verdad: medio que lo obligaron, medio que no le quedó otra. Pero hizo de la necesidad virtud. Y, a medida que caminaba al lado del condenado, a medida que escuchaba los gritos de la multitud y de los soldados, a medida que percibía la paciencia, la bondad, la dulzura y la misericordia de Aquél que como un cordero era llevado al matadero, comenzó a comprender la ciencia de la cruz; a medida que caminaba al lado de él; al prestarle sus fuerzas a Él para ser salvado por Él, por Su fuerza.

Quedará para siempre grabada en la historia su memoria, para edificación de los cristianos, como la del hombre que compartió esfuerzos con Dios.

Porque el cireneo es el que pone el hombro.

Cireneo es el que se hace cargo.

Cireneo es el que hace el gasto. El que no mide la entrega, el que se compromete en primera persona y no pide compensaciones. El que no calcula cuando se dona. El que hace descansar, desgastándose él. El que prefiere no salvar el pellejo ni la buena fama antes que tolerar una injusticia infligida al prójimo. El que no tiene miedo de mancharse las manos ayudando a quien es rechazado por la multitud; al malhechor, al despreciado, al culpable, a «ése» que según la multitud no merece ningún tipo de consideración. Cireneo es todo aquél que refleja la oferta de la misericordia de Dios.

Cireneo es el que está al lado del amigo. El que se une en la dificultad y la comparte. Ese que no le tiene miedo a la foto que lo compromete, que no disimula y no esconde la cercanía, el vínculo, para proteger su imagen. El que asume el riesgo de correr la misma suerte. El que es pobre con el pobre, preso con el preso y enfermo con el enfermo. Rechazado con el rechazado. El que ve a Cristo en el prójimo y se hace él mismo prójimo, activamente. El que en vez de salir corriendo y escapar cuando se le pide un servicio, lo asume voluntariamente. Ése que cruza la calle para ayudar. El buen samaritano.

A lo lejos, no se lo distingue del condenado a muerte, del despreciado, del culpable; el polvo del camino, la humillación compartida, la mirada superficial del populacho, el juicio rencoroso de quien detenta el poder, todo conspira para dejarlo en una situación comprometida, en la que se esfuman los contornos y la infamia acecha.

Pero él le pone el hombro a la cruz. Y no deja abandonado al justo, es decir, a Jesús; ni al «maldito» (*Gal 3,13*), es decir, a Jesús.

Porque es el cireneo. Y es com-pasión.

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*

R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*

R.: fuimos curados.

*Alma de Cristo.*

## 6. Verónica

Sorteó todos los obstáculos, allanó los senderos, encontró lo que buscaba, obtuvo lo que pedía.

Esperaba ese momento. Desde siempre. Como si todo estuviera preparado para ese encuentro. Y era así: estaba todo preparado. De lejos ya venía viendo cómo se acercaba, poco a poco, paso a paso. Y cuando llegó el momento, cuando tuvo ese rostro enfrente, fue como si el tiempo se detuviera. Encuentro inefable, un momento único.

La imagen le quedó impresa en el alma. Para siempre.

Su rostro.

Su mirada.

Su ternura.

Recuerdo, jirón, retazo, anticipo y anuncio profético de toda mujer consagrada, confidente de su corazón, partícipe de sus dolores, el rostro de Verónica —esa mirada, esa caricia, esa cercanía, todo ello— le quedó impreso en el alma a Jesús como una marca imborrable.

«Alma, buscarte has en Mí y a Mí buscarme has en ti»<sup>2</sup>.

\* \* \*

Sorteó todos los obstáculos, allanó los senderos, encontró lo que buscaba, obtuvo lo que pedía: un momento para ella, sólo para ella.

Verónica es el rostro de la mujer. La mujer que acompaña. La mujer que comprende. La mujer confidente. La mujer que lee lo que nadie lee, que ve lo que nadie ve. La mujer cercana. La que se olvida la jarra junto al pozo, porque se olvida de sí misma y de lo suyo. Servicio, consuelo y solaz. La que supera obstáculos para socorrer, jugándose hasta el heroísmo. La que es compañera, amiga, hermana. La que es, sobre todo, madre, por el solo hecho de ser mujer y de permanecer fiel a su identidad de mujer: porque tiene corazón de madre.

Por todo eso, y por mucho más, es pura ternura con Jesús, sentimiento y suavidad. Le enjuga el rostro como sólo una mujer podría hacerlo, con todo cuidado y delicadeza: ella sabe que está lastimado y procura no añadir sufrimientos sino aliviar, con esa magia única que sólo una mujer tiene y que se potencia al extremo cuando se la pone al servicio de Jesús. Pero también lo hace con máxima reverencia: su contacto con la sangre de Jesús fue su «primera comunión». Discípula fiel, no cambia de postura bajo el influjo de la mayoría, no se doblaba ante el imperativo de la multitud, ante la arbitrariedad de la autoridad inicua; bien bien mujer, se juega por lo que siempre amó y ama, y, enamorada, mantiene su decisión firme ante lo que sobrevenga. Discípula y discípula fiel. Discípula generosa: se prodiga en el servicio y se juega con sus energías para ayudar a Jesús; para aliviarlo, para consolarlo. Y por eso es valiente: no hay obstáculo que la frene, arremete contra todo, encuentra la hendidura, el resquicio, la brecha, nada le va a impedir llegar a Jesús. Y por eso es desafiante: sigue haciendo el bien, sigue socorriendo, tiene la santa rebeldía del servicio constante y no escucha órdenes injustas que procuran alejarla de su lugar existencial. No. Los desafía con la mirada, dejando el flanco descubierto, poniendo la otra mejilla. Y la van a tener que sacar arrastrándola.

---

<sup>2</sup> S. TERESA DE JESÚS, «Búscate en Mí» (Poesía nr. 4), en *Obras Completas*; ed. Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, BAC, Madrid 1986<sup>8</sup>, 655.

La imagen sobre el lienzo era sólo un reflejo débil de lo que la mirada de Jesús, sólo para ella, en ese momento, dejó impreso para siempre en su alma.

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*  
R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*  
R.: fuimos curados.

*Alma de Cristo.*

## 7. Jesús cae (2)

Una vez más Jesús se derrumba y desploma, prácticamente ya sin fuerzas. Pero no es solamente el peso físico del madero, no: aquí hay otra cosa más que contemplar.

Porque, en efecto, el peso que lo hacía caer por tierra en Getsemaní, lejos de haber desaparecido, se prolongaba durante toda la pasión. No es sólo el peso físico lo que lo derriba, sino el peso del alma, esa cantidad incalculable de tristeza acumulada que equivale a la suma del peso de todos los pecados de la historia, desde el primero de Adán hasta el último del último hombre, *todos vistos de manera directa y presencial, todos abrazados con generosidad incomparable para hacerse cargo y pagar por ellos*, en supremo contraste con su conciencia absolutamente inmaculada e incontaminada.

Porque «... al que no conoció pecado [el Padre] lo hizo pecado» (2Cor 5,21).

Porque Dios se estaba proveyendo el cordero... (cfr. Gn 22,8).

\* \* \*

Derribado, no derrotado, se levantó nuevamente. Y sin más preguntas, en un profundo silencio, «siguieron caminando los dos juntos» (Gn 22,8).

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*  
R.: *porque por tu santa cruz redimiste al mundo.*

V.: *Por tus llagas*  
R.: *fuiamos curados.*

*Alma de Cristo.*

## 8. Las mujeres de Jerusalén

Con dificultad y trastabillando prosigue el buen Jesús su marcha cuando advierte que lo siguen varias «... mujeres que se dolían y se lamentaban por él» (Lc 23,27). También para ellas tiene un momento y les dedica, en un respirar entrecortado, la última parábola, la parábola de los dos leños.

La parábola está introducida con «no lloréis por mí» que no se refiere a un «mí» teológico, sino a un «mí» que, en ellas, era tan sólo sentimental: si no todas, ciertamente la mayoría de ellas lloraba por sentimiento, sin tener la suficiente profundidad, sin percibir la dimensión teológica, profundamente dramática, del asunto. Lo seguían sin seguirlo, lo compadecían sin entenderlo. Sufrían por el presente, pero no eran capaces de percibir el futuro; veían la superficie, pero no entendían el fondo. Es por eso que Jesús las ilustra acerca de la magnitud descomunal del rechazo que lo ve como destinatario. Les enseña a ver en otra dimensión la seriedad incomparablemente grave de lo que está pasando. Y se los hace ver según la dinámica de la teología de la historia, profetizando, a partir de la injusta condena de la que es víctima, las consecuencias que inexorablemente se seguirán y que recaerán sobre los hijos de ellas. Las eleva de lo sentimental a lo teologal. Porque la abominación de la desolación tendrá consecuencias cuya realización está asegurada de manera inexorable.

Y es por eso que las consuela: no en el sentido de suprimirles el dolor ni de ocultarles las causas del mismo, sino ilustrando a la luz de la fe el misterio de su dolor futuro y llevándolas a levantar la mirada. No les anuncia ventura, sino desventura; no les proporciona un falso consuelo sentimental, sino que las llama a más profunda conversión.

Porque sólo la fe real consuela realmente.

Porque sólo la fe real permite percibir el pecado en sus consecuencias; y mantenerse alejados de él.

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*

R.: *porque por tu santa cruz redimiste al mundo.*

V.: *Por tus llagas*

R.: *fuimos curados.*

*Alma de Cristo.*

## 9. Jesús cae (3)

¡Y no! No bastó con la consideración de la primera caída, tampoco con la segunda. No sólo el derrumbe físico, no sólo el peso de los pecados... Todavía quedan más detalles.

Porque ¡tan destrozado estaba que ni siquiera se pudo dar el gusto de hacer su deber con «prolijidad» exterior! ¡No! Ciertamente, «... *lo vimos sin aspecto, sin prestancia...*» (Is 53,2) y todo... salió como salió... Por más que Dios «desde la eternidad» haya visto y «previsto»... etcétera, la realidad es que en la dimensión de la conciencia humana todavía no glorificada de Jesús, según la dinámica directa y normal de la percepción, las cosas se habían precipitado con un ímpetu devastador, todo le cayó encima con una vehemencia inusitada: como nunca antes, como en ningún lugar y en ninguna historia. Y, si bien llevaba todo el tiempo todos los pecados cargados en el alma, sucumbió varias veces bajo el peso del madero. Era el sello de la encarnación. El sello y la garantía de que pasó «como uno más» (Flp 2,7). No súperman: uno más.

Por eso, no fue con «prolijidad». Y *no debía serlo*. También eso era parte del cáliz. No fue el Salvador *perfecto*, en el sentido superficial del epíteto, en el sentido de la corrección meramente exterior del deber cumplido, del decoro, del adorno y del arreglo. ¡No! La encarnación fue algo real, realísimo; y las reales fuerzas físicas de Jesús quedaron al límite: tan al límite que ya lo vemos sin poder caminar más con la cruz. Ni siquiera ese «gusto» tuvo, ni siquiera el de la «prolijidad». Nada. Humillación sobre humillación.

Pero detrás de cada aparente fracaso, a cada paso, en cada gota de sangre, la marcha triunfal de su amor a toda prueba. Y, por eso, sí: sí fue el Salvador perfecto.

Y, por eso, se levantó. Una vez más. Como pudo.

Por vos. Por mí.

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*

R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*

R.: fuimos curados.

*Alma de Cristo.*

## 10. Desnudado

Si algo le quedaba como mínima, como simbólica, protección... ya ni eso le queda. Inútil hacer fuerza con la imaginación para representarse el dolor sensible de las vestiduras quitadas con violencia: no es ése el punto clave, no.

Lo esencial aquí es que Jesús queda máximamente, totalmente, despojado. Jesús queda totalmente a merced... ni siquiera de sus enemigos directos, que miran a la distancia disfrutando el momento, la humillación, la postración, sino a merced de los mercenarios, instrumentos ejecutores de bajísima cultura y completamente ajenos a lo que en realidad estaba sucediendo, incapaces, como eran, de comprenderlo, siquiera de sospecharlo, pero para los cuales el cruento episodio era un factor de diversión y distracción: un pobre judío provinciano condenado a muerte contra el que tenían la venia para poder descargar y canalizar *a piacere* sus broncas y rivalidades raciales, sus ansias de revancha.

Y humillación total. Porque Jesús desnudo ante la turba vil, ante las siniestras autoridades que saboreaban su victoria y ante los soldados que no dejan de burlarse, de ironizar y de divertirse a costa suya, es la imagen insuperable de la postración y de la humillación.

El cuerpo humano de Dios. El cuerpo más digno y santo de todos los cuerpos convertido en espectáculo, en despojo, en blanco de burlas y desprecio. La profanación del cuerpo adorable de Jesús.

Aquí sí contrastan de manera indisimulable la vileza y la majestad.

Aquí sí contrastan, con elocuencia insuperable, la dignidad y el señorío por un lado y las más bajas pasiones por el otro.

Aquí sí deberán ruborizarse las mejillas de quien haya contribuido a la degradación del cuerpo humano y a mancillar su dignidad.

Aquí sí tendrá que sonrojarse toda alma que se haya abandonado a la lascivia y a la impureza.

Aquí sí tendrá que venir a morir de vergüenza todo aquél que lucre con el cuerpo humano, todo aquél que lo haya reducido a lo animal.

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*

R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*

R.: fuimos curados.

*Alma de Cristo.*

## 11. Crucificado

Hierro y hueso, martillo y mano, clavo y nervio... imposible describir adecuadamente el tormento físico vivido en el comienzo de la ejecución. Taladraron, sí, sus brazos y sus pies (*Sal* 21,17). Primero, los brazos en el travesaño. Después, engarzado el travesaño en el palo mayor, los pies... Y todo esto... como salió. Nada que ver con la imagen estética, fina y rebuscada, equilibrada y elegante, de los pintores renacentistas y del barroco, de los más modernos o más antiguos, o de la piedad cristiana. No estaban aquí Velázquez ni Murillo, no estaba Zurbarán, tampoco Dalí para pintarte. Tan sólo un cuerpo destrozado, todo llagas, cuya visión sólo podía causar disgusto y rechazo (*Is* 53,3).

Y te fijaron, nomás, a la cruz. Jamás tan fijo, tan inmóvil; jamás tan poderoso, tan fecundo... porque para esto habías venido al mundo (*Jn* 18,37). A los primeros dolores sucedieron el cosquilleo de la sangre, el adormecimiento paulatino y alternante de los miembros dislocados, los calambres y espasmos, la necesidad imperiosa de oxígeno y el esfuerzo cada vez más pesado y difícil para cada inhalación.

Autoridades y pueblo, curiosos y testigos, estudiosos e ignorantes, sabios y simples, honorables y marginales, soldados y civiles, gente de toda condición parecía confabularse en un recital de burlas y muecas, de desafíos y reproches, para volver más cruel el tormento, más dolorosas las últimas horas. Incluido el carroñero, vil y miserable gesto de sortear tus vestiduras, en tu presencia, ante tus ojos, ante los de «la madre del condenado».

Muchos pasaban y miraban de lejos, sin involucrarse, con indiferencia total, casi anticipando, en extraña y triste profecía, la actitud insulsa y ajena de tantos «cristianos» de hoy, que te miran de lejos y se cuidan bien de que no te les vayas a convertir en algo que realmente los comprometa y ponga en dificultad, como si la vida misma fuera algo que les estuviese pasando y tú fueras otra figura más, otra anécdota, otro personaje pasajero, mirado, tal vez con curiosidad, tal vez con lástima, pero siempre de lejos y sin la voluntad deliberada de asumir la realidad de tu misterio. La indiferencia y la distancia, la falsa y vil imparcialidad, ayer como hoy.

Y, tú, envuelto en un mar de dolores, tú, todo bondad, tú repetías: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (*Lc* 23,34).

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*  
R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*  
R.: fuimos curados.

*Alma de Cristo.*

## 12. Muerto

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46).

Relación única.  
Confianza total.  
Donación total.

Acababa de consumarse el sacrificio más doloroso y más agradable a Dios de toda la historia. «Por sus llagas fuimos curados» (Is 53,5).

\* \* \*

Parecía una victoria, era una derrota. Pensó que había vencido y acababa de caer para siempre.

Silencio.

Silencio total. Acababa de morir la muerte. En la cruz vemos a la más mortal de las muertes: vemos a la muerte muerta para siempre.

Porque tomó como suya nuestra muerte para dar muerte con su muerte a nuestra muerte.

Porque fue hecho pecado para destruir nuestros pecados.

Porque lo pagó todo, hasta el último céntimo (Lc 12,59). Todo fue pagado, mas no con oro, plata ni moneda alguna, sino con el precio incalculable de la sangre de Jesús (IPe 1,19), la sangre propia de Dios (Hch 20,28).

Y, en verdad, todo estaba cumplido.

---

*Padre, Padre mío,  
me abandono a Ti.  
Haz de mí lo que quieras.  
Lo que hagas de mí te lo agradezco.  
Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo.  
Con tal de que Tu voluntad  
se haga en mí y en todas tus creaturas,  
no deseo nada más, Dios mío.  
Pongo mi vida en Tus manos.  
Te la doy, Dios mío, con todo el amor de mi corazón:  
porque te amo, y porque para mí amarte es darme,  
entregarme en Tus manos sin medida,  
con infinita confianza...  
porque Tu eres mi Padre.*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*

R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*

R.: fuimos curados.

*Padrenuestro.*

### 13. Descendido

Todas las lágrimas, todos los abrazos. Todos los besos, todas las caricias. El cuerpo exánime de Jesús y el alma destrozada de María.

De María. La bendecida entre todas las mujeres. La mujer que supo de dolores.

Porque todo le fue dado –y ella lo sabía–; todo quitado –y ella lo sabía–. Pero no, ella no maldeciría a Dios: «Dios lo dio, Dios lo quitó; bendito sea el nombre del Señor» (*Job* 1,21).

Y por eso ahí la tenemos, a María, la hija de Abrahám, la feliz porque creyó y le fue computado como justicia (*Lc* 1,45; *Gn* 15,6).

Ahí la tenemos, con el alma partida en dos, en profunda soledad y en total abandono, sin posibilidad de ser comprendida por los hombres y ante el silencio enigmático de Dios, en la cima de un monte incomparablemente más duro que el Moriah..., ¡ay!, porque aquí no fue, ciertamente no lo fue, ahorrado Isaac... Ahí la tenemos a ella mujer de dolores, la mujer de los ayes, la mujer del alma partida en dos.

Ahí la tenemos. A Ella. Recogiendo como puede fragmentos de su propio corazón...

Ahí la tenemos, tratando de juntar y armonizar, transida de dolor, nostalgias y abandono confiado, promesas de reinados sin término (*Lc* 1,31) y profecías de espadas tajantes (*Lc* 2,35), recuerdos y esperanza...

Ahí la tenemos, manteniendo su *fiat* y repitiendo para sí, entre lágrimas, «... he aquí la sierva del Señor»...

---

*Dolor con Cristo doloroso,  
quebranto con Cristo quebrantado  
y pena por tanta pena  
que pasó por mí.  
¿Qué hice por Él?  
¿Qué haré por Él?*

V.: *Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,*

R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

V.: *Por tus llagas*

R.: fuimos curados.

*Avemaría.*

## 14. Sepultado

Muerto y sepultado.

Todo estaba, realmente, cumplido (*Jn 19,30*). Porque Dios es un Dios de palabra. Un Dios que lleva lo que anuncia hasta las últimas consecuencias, sin descuidar ningún detalle.

Porque Dios es Dios, y lo que dice lo hace (*Ez 37,14*).

Y miró todo lo que hizo, y vio que estaba bien (*Gn 1,31*).

Muerto. Muerto y *sepultado*.

Los hombres terminan siempre por favorecer la realización de Sus designios, aún quienes se oponen a ellos. Y lo hicieron también quienes se aseguraron de hacer girar la piedra y de sellarla (*Mt 27,66*), tanto los ejecutores materiales como los autores intelectuales. Porque Dios se vale de las tortuosas astucias de los astutos para cazar a los astutos (*Job 5,13*). No. Nada quedó librado al azar, nada a la improvisación.

La necesidad de garantizarse su muerte como algo irreversible y definitivo, la necesidad de asegurarse de que había sido sacado del medio, vencido para siempre, quitado de la escena, definitivamente derrotado, eliminado sin vuelta atrás de las propias vidas... todo eso es lo que expresa, sobre todo, la piedra sellada. Asegurarse de que no vuelva más, de que Dios esté muerto, pero bien-bien-bien muerto. Las negaciones de Pedro multiplicadas al infinito: «... de ese hombre, no quiero saber nada; no lo conozco, no me interesa. Es más, me molesta. No me hablés más de él. Sellá la piedra». Había que sellar: con las guardias pretorianas de las dictaduras culturales y del control de la información, con la imbecilización programada de las masas a partir de las fantochadas de la pseudociencia, de los medios de comunicación y de las redes sociales, de la televisión y de internet. Había que bloquear a toda costa cualquier resquicio de recuperación, cualquier posibilidad de transformación de la situación. Había que evitar que el muerto hable. Había que destruir las ilusiones de los discípulos. Había que fijarlos en su decepción. Había que matar toda esperanza.

Había que sellar la piedra.

Pero la piedra habla. Porque, es verdad, en la sepultura de Jesús trataron también de silenciar el testimonio de los discípulos. Y es que había que hacerles sentir, entonces como hoy, que la derrota fue total y que la guerra estaba perdida, que sus vidas eran vidas desperdiciadas y sin sentido, que habían sido víctimas de un fraude y de una estafa, que habían perdido el tiempo, que todo fue un conjunto de vanas ilusiones y venta de humo... Y las voces humanas, cierto, habían quedado sin respuesta, sumidas en el desconcierto, turbadas por la frustración. Era el silencio de las voces, sí; pero empezaba el tiempo de las piedras (*Lc 19,40*).

Porque todo había comenzado en un jardín. Y todo recomenzaba de un jardín. Era el lugar para florecer, para volver a pintar, para volver a crear. Y detrás de la piedra sellada se contenía un mundo nuevo. Porque Dios es Dios. Y, de verdad, lo que dice, lo hace (*Ez 37,14*).

\* \* \*

Dio una mirada a lo que había hecho, y vio que estaba muy bien (*Gn 1,31*).

---

*Padre, Padre mío,  
me abandono a Ti.  
Haz de mí lo que quieras.*

*Lo que hagas de mí te lo agradezco.  
Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo.  
Con tal de que Tu voluntad  
se haga en mí y en todas tus creaturas,  
no deseo nada más, Dios mío.  
Pongo mi vida en Tus manos.  
Te la doy, Dios mío, con todo el amor de mi corazón:  
porque te amo, y porque para mí amarte es darme,  
entregarme en Tus manos sin medida,  
con infinita confianza...  
porque Tu eres mi Padre.*

*V.: Te adoramos, Cristo, y te bendecimos,  
R.: porque por tu santa cruz redimiste al mundo.*

*V.: Por tus llagas  
R.: fuimos curados.*

*Padrenuestro.*